

CHILE EN EL CONTEXTO GEOPOLITICO

RICARDO RIESCO JARAMILLO

Introducción

Cualquier análisis, proposición o estructuración de bases para un régimen democrático que pueda concebirse para un país, ha de tener conocimiento y conciencia plena, y en consecuencia no puede eludir, en primer término, la estructura geográfica y territorial del escenario sobre el cual actuará. Sin embargo, no es esa primera observación la que se desarrollará en esta oportunidad. Aquello que sí es materia de este artículo es establecer, simultáneamente, que no se pueden desconocer en ningún proyecto, los signos geopolíticos, la dimensión y el sentido que asume el debate geoestratégico global, continental y regional, en las postrimerías del siglo XX. Tampoco de aquellos con que se inaugura el siglo XXI. La iniciativa en cuestión no los puede ignorar, porque las actuales modalidades y la estructura del quehacer geopolítico mundial tiene una dinámica tal que determina presiones, entrega responsabilidades, asigna funciones a los respectivos países del escenario territorial, sin considerar el interés, la importancia, la voluntad ni la oportunidad, o incluso la conveniencia, que los Estados puedan tener para aceptarlas o asumirlas. Es decir, la actual dinámica tiende crecientemente a imponer e inducir la problemática geopolítica.

Con esta aseveración no estoy planteando que exista, necesaria y obligadamente, una vinculación causal directa entre geopolítica y régimen democrático. En absoluto. Aquello que me interesa realzar y destacar más bien es, que la dimensión geopolítica tiene un desarrollo en el tiempo tal que antecede, e incluso es independiente, de las distintas modalidades de organización política e institucional que pueda darse una sociedad. La acción geopolítica se desarrolla, orienta y rige de acuerdo a coordenadas temporales y espaciales que tienen un signo muy estable, y que trascienden cualquier fundamento organizacional. La posibilidad efectiva de una gestión polí-

tica de los Estados sobre su propio escenario geográfico-territorial queda, de hecho, muy constreñida y quizás, en buena medida, bastante predeterminada.

La historiografía geoestratégica en estas materias es clara y nos demuestra esta persistencia y recurrencia en el tiempo de las tendencias geopolíticas mundiales. Consignemos algunos ejemplos iluminadores a este respecto. La concepción geopolítica actual de la Unión Soviética no difiere, conceptualmente, en absoluto de aquella de la Rusia de los Zares. No es la ocasión de demostrar aquí la persistencia de la argumentación geopolítica que, a modo de común denominador, atraviesa el tiempo histórico de más de un siglo en la Unión Soviética.

Tampoco son sustantivamente distintos los postulados geopolíticos del Imperio Romano, de muchos de aquellos que aplicaba, por ejemplo, Napoleón, o el Imperio Inglés. Incluso se observa una comunidad de esencia entre ellos, con algunos fundamentos aplicados por la Alemania de Hitler. Por último, la intuición geopolítica de un O'Higgins y de un Simón Bolívar tienen, en lo sustantivo, plena vigencia en nuestros días. Entonces las variaciones son, probablemente, sólo de acentuación.

Es decir, independiente de la estructura y la organización político-institucional que se quiera o pueda dar una sociedad, el país deberá enfrentar en todo tiempo, con mucha probabilidad, siempre la misma tarea geopolítica. Si se acepta esta hipótesis de trabajo, surgen, inmediatamente, al menos dos grandes interrogantes.

¿Cuáles son y cuál es la naturaleza de los principales signos geopolíticos que, en las postrimerías del siglo XX y comienzos del XXI, están determinando el quehacer geoestratégico mundial?

Las tendencias globales vigentes ¿tienen incidencia sobre las relaciones geopolíticas que Chile debe conocer y manejar al momento de concebir su régimen político-jurídico interno y la estructura de su funcionamiento?

Macrotendencias geopolíticas mundiales

Considero que las macrotendencias geopolíticas mundiales de nuestra época se pueden agrupar, al menos, en cuatro grandes procesos que, si bien están concatenados entre ellos, es necesario, no obstante, distinguir. Todos ellos tienen gravitación directa sobre el territorio nacional, y van a actuar y presionar consistentemente sobre él durante los próximos 50 ó 100 años.

- 1) Se observa una indiscutible saturación geopolítica y geodemográfica del hemisferio Norte del planeta, escenario desde donde se había regido, administrado e irradiado todo el acontecer geoestratégico de la humanidad hasta la fecha.
- 2) Se admite una valoración estratégica creciente del hemisferio Sur de la tierra que había permanecido a la fecha, como un hemisferio marginal, geopolíticamente no adjudicado y geodemográficamente vacío.
- 3) Se reconoce que el interés preferencial está dirigido y se concentra sobre ciertos ámbitos específicos del hemisferio austral, a saber: el Océano Pacífico Sur, el Océano Atlántico Sur, el Océano Índico Sur, además del área geográfica hoy día abarcada y regulada por el Tratado Antártico.
- 4) Se registra una convergencia generalizada del interés geopolítico sobre la cuenca océano pacífica en virtud de su potencial de recursos y por concentrarse en ella cerca de la mitad de la población mundial.

Previo a entrar a una exposición más detallada de los cuatro puntos consignadas estimo necesario resumir, brevemente, aquellas características cualitativas principales que se derivan de la profunda revolución tecnológica hoy día en pleno desarrollo y auge. De alguna manera estas modalidades condicionan indiscutiblemente los ejes del accionar geopolítico mundial. Aún reconociendo que no es posible sintetizar una visión global y definitiva del sentido, la dimensión, la proyección y la magnitud cuantitativa ni cualitativa del cambio en las concepciones geoespaciales que se está operando como consecuencia de esta re-

volución, algunos parámetros se han decantado no obstante lo suficiente, como para perfilar ciertas tendencias.

En primer lugar, los analistas postulan que el impacto de la actual revolución sobre las relaciones espaciales, económicas, políticas y sociales preexistentes, tiene un significado y un alcance infinitamente superior y promueve modificaciones mucho más radicales que las que indujo, comparativamente, la Revolución Industrial a fines del XVIII sobre su respectivo tiempo y estructuras.

En segundo término, y a gran diferencia de la Revolución Industrial, la presente revolución abarca y opera —evidentemente con connotaciones distintas— de manera conjunta sobre el mundo entero. Ello significa que, si bien es cierto sus principales actores y protagonistas están geográficamente focalizados, los efectos se expanden, no obstante, instantáneamente sobre el planeta entero. En este hecho radica una razón adicional del por qué ningún país puede ignorar el sentido de los ejes geopolíticos que se valoran en la actualidad. Esta característica fue bastante diferente en el siglo XVIII cuando, aún habiendo existido también núcleos geográficamente acotados, los efectos allí generados no sufrieron una expansión generalizada ni tampoco inmediata. La difusión espacial de las innovaciones fue, en aquel entonces, lenta, dificultosa y fluían por canales que no eran masivos y descontrolados. Vastos sectores de la humanidad quedaron al margen y no registraron las transformaciones, durante largos períodos de tiempo. En el actual proceso que consignamos, el número absoluto de involucrados es la humanidad toda, con sus 5 mil millones de habitantes. Es, en consecuencia, un hecho históricamente inédito que todo el género humano haya tomado conciencia, sincronizadamente, de una situación que lo afecta.

Por último, en este mismo contexto de constataciones globales, se sostiene que no todos los países y subregiones tradicionalmente desarrolladas del hemisferio Norte, que protagonizaron y asimilaron la Revolución del XVIII, han participado o están participando del actual proceso en cuestión. Se ha insistido en localizar geográficamente la cuna originaria y exclusiva de

esta nueva perspectiva, en un conjunto de países del Océano Pacífico Septentrional. Aquí radicaría una sustancial diferencia con la Revolución Industrial anterior, que tuvo un sello geopolítico esencialmente Atlántico. Piedras angulares y soporte de esta "mutación cualitativa" y no "evolución progresiva" como se ha tendido a denominar a este nuevo estado de cosas tecnológico-científico-administrativo, son los Estados Unidos de Norteamérica, Japón y los países del sudeste asiático de economía abierta de mercado. El continente europeo —entendido éste en sus límites culturales políticos tradicionales— no estaría incluido en la frontera de vanguardia de este cambio. Tampoco sería partícipe de este estado la Unión Soviética.

Consignadas estas características generales, profundicemos en el análisis de los puntos anteriormente señalados.

La saturación geopolítica y geodemográfica del hemisferio Norte

Con el término de la Segunda Guerra Mundial, y muy especialmente de todo el decenio de los años sesenta, se revitaliza, en el hemisferio Norte, un eje geopolítico principal en torno al cual gira, gravita y se polariza todo el accionar geopolítico de ese hemisferio industrial y técnicamente desarrollado. Ese eje principal, en torno al cual se aglutina y explica todo el quehacer geopolítico mundial, asume una orientación y dirección geográfica Oeste-Este, pero tiene profundos antecedentes geoestratégicos previos. Los actores principales que se desenvuelven en este escenario, si bien remozados probablemente en la forma y modalidad que asumen en su accionar, corresponden, no obstante, a una expresión renovada de un antiguo problema geohistórico recurrente, definitivamente no resuelto en ninguna de las instancias anteriores. En esencia, este alineamiento corresponde a una renovada manifestación de la disputa geopolítica entre el poder oceánico, asentado y surgido de una Europa Occidental unificada, en contraposición al poder continental asiático, constituido y controlador del corazón terrestre del planeta.

Esta concepción bipolar entre un poder oceánico versus un poder continental subyace y, en definitiva, puede dar cuenta de

la mayoría de los conflictos estratégicos y bélicos de post-guerra acaecidos hasta nuestros días. Sin embargo, es necesario retener que tampoco en las postrimerías del siglo XX, en que el poder oceánico aparece encabezado por los EE. UU. y el continental terrestre por la Unión Soviética, y no obstante el progreso tecnológico arrollador de ambos, la tensión y disputa no ha logrado resolver esta bipolaridad geoespacial de fondo. Por el contrario, más bien es preciso reconocer que el problema se ha profundizado y ha revertido, con plena identidad de esencia, hacia otros ámbitos geográficos que a la fecha habían permanecido al margen de estas tensiones.

Entonces, es la saturación —quizá antes todo la rigidización extrema— de los frentes geopolíticos territoriales en el hemisferio Norte, aquello que ha valorado y puesto en el escenario mundial al hemisferio Sur del planeta. Una ecuación geoespacial empantanada y no resuelta entre los dos poderes hegemónicos en el hemisferio boreal, y cuya persistencia en el tiempo pareciera insostenible, amenaza resolverse y definirse en el hemisferio Sur, en favor de alguno de los dos grandes bloques en que aparece dividida en la actualidad la humanidad. En tal evento, quien domine geopolíticamente ciertos ámbitos geográficos neurálgicos de este lado del planeta en los cuales reina de momento un sustancial vacío de poder, y apoyado en su situación estratégica del hemisferio boreal, dominará el mundo.

Paralelamente, el hemisferio Norte está también geodemográficamente saturado. En la actualidad se discute y escribe mucho acerca del sobrepoblamiento del planeta. Se vislumbran efectos de deterioro medio ambiental; se elucubra sobre el posible umbral máximo de habitantes que puede soportar la tierra. Sin embargo, el problema de la sobrepoblación es esencial y primeramente un enigma para el hemisferio Norte. De los 5 mil millones que tiene actualmente la tierra, del orden del 80%, unos 4 mil millones, vive al Norte del ecuador terrestre, vale decir, en el hemisferio Norte. Por otro lado, al Sur del trópico de Capricornio —a los 23° Sur— habitan sólo del orden del 2 ó 3% de la población mundial. Por consiguiente, el poblamiento mundial es fuertemente asimétrico y determina ámbitos alta-

mente densos y saturados, en contraposición a espacios prácticamente vacíos.

Se podría replicar que el hemisferio Sur tiene una proporción desfavorable de tierras emergidas en relación al hemisferio boreal. Sin embargo, en la actualidad, son precisamente las grandes superficies oceánicas las que hacen especialmente atractivos al hemisferio Sur, porque están inmensamente bien dotadas de recursos naturales.

Valoración estratégica preferencial del hemisferio Sur

La persistencia de una bipolaridad de poder no resuelta en el hemisferio Norte ha configurado, como alternativa de solución, un nuevo frente hacia el cual se canaliza, conduce y se despliegan todas las iniciativas geoestratégicas. Ese nuevo eje asume una disposición y orientación predominante Norte-Sur. Es decir, la saturación —quizás ante todo la rigidización extrema— de los frentes geopolíticos territoriales en el hemisferio Norte, ha valorado y puesto en el escenario mundial al hemisferio Sur del planeta, especialmente sus ámbitos más australes. De tal manera, el sello geoespacial de los últimos decenios del siglo XX es, ha sido y será la sustitución de la tensión geopolítica Oeste-Este en el hemisferio septentrional, por una intencionalidad manifiesta de incorporar al hemisferio austral del globo condicionando, por tal motivo, una orientación dominante norte-Sur en la dinámica geoestratégica. Una ecuación geoespacial empantanada y no resuelta del hemisferio boreal, y cuya persistencia en el tiempo pareciera insostenible, amenaza resolverse y definirse en el hemisferio Sur, en favor de alguno de los dos grandes bloques en que aparece dividida en la actualidad la humanidad. En tal evento, quien domine geopolíticamente ciertos ámbitos geográficos neurálgicos de este lado del planeta, en los cuales reina de momento un sustancial vacío de poder, y apoyado en su situación estratégica del hemisferio boreal, dominará el mundo.

La repentina valoración geoestratégica —de origen alóctono— del hemisferio Sur no es generalizada, sino que evidencia orientaciones preferenciales donde converge prioritariamente

te el interés. Estos ámbitos son los espacios de aguas internacionales abiertos de los océanos Pacífico Sur, Atlántico Sur e Indico Sur, pero con especial énfasis en el primero. De igual forma se centra el interés en el continente antártico y, finalmente, en áreas neurálgicas del continente sudamericano, particularmente en el cono Sur de él. En resumen —e intentando una visión global—, se observa que el hemisferio Sur entra forzado a formar parte de esta alternativa estratégica que apunta al poder total. En ningún caso se ha perfilado en el escenario geopolítico por voluntad propia.

Llama poderosamente la atención la aparente exclusión del continente africano en este proceso de valoración general del hemisferio Sur. Es muy posible que ello sea un hecho momentáneo, cuyo comportamiento futuro resulta difícil evaluar hoy. Así, una vez más, se confirma la hipótesis de que el hemisferio Sur accede a Europa a través de América latina y no de África, no obstante que la distancia geográfica tiende a evidenciar que es preferentemente esta última la que debiera proyectarse directamente hacia el Viejo Mundo. Se repite en este sentido lo sucedido en el mundo científico-cultural europeo de comienzos del siglo XX, donde fue precisamente la labor científica de Alexander von Humboldt en América tropical, aquello que introdujo y abrió la curiosidad del mundo culto europeo hacia un continente que permanecía, hasta aquella época, absolutamente desconocido.

Los espacios australes no se configuran ni se estructuran en virtud de vínculos geoestratégicos internos propios. No es exclusivamente su impronta geográfica aquello que los potencializa geopolíticamente. Por el contrario, es precisamente la visión de contexto global de referencia, aquello que los valoriza y que los incorpora al escenario mundial de los acontecimientos geoestratégicos.

América del Sur no ha sido desgraciadamente capaz de tomar conciencia total de su estructura y de su potencialidad territorial. La corona española entendió, talvez mucho mejor que las repúblicas independientes posteriormente derivadas, el valor específico de conjunto, vale decir, la potencialidad que ema-

naba de un continente integrado y unido. El pecado geopolítico original de América latina republicana, arranca y se enraiza en la pérdida de unidad, en la solución de continuidad con que nace a su vida independiente. En comparación con la actual, la América colonial hispana tuvo una posición geopolítica, decididamente más digna e importante en el contexto mundial de la época.

Chile tampoco ha logrado asumir una genuina conciencia territorial que se plasme y surja desde lo profundo de su geografía y que, paralelamente, sea el producto de una concepción propia, y no como respuesta a un requerimiento externo impuesto. El país no ha logrado realzar lo particular y específico del territorio donde se concreta e inserta su quehacer, notándose la ausencia de la cristalización de un proyecto coherente de ocupación espacial.

Las fronteras y tareas geopolíticas de Chile Austral concuerdan y coinciden con los últimos y grandes espacios geográficos del planeta, cuyo control geopolítico no se ha decidido aún entre las dos grandes potencias mundiales. Por el contrario, corresponden a espacios que están en vías de adjudicación y serán arduamente disputados en el decenio y medio que resta hasta el año dos mil.

En una perspectiva geoestratégica moderna es iluso pensar que se podrán conservar incólumes ámbitos titulados "patrimonio común de la humanidad". El desarrollo histórico así lo ha enseñado y lo continúa mostrando en la actualidad. De manera que es perfectamente previsible admitir que el Océano Pacífico Sur, el Atlántico Sur, el Índico Sur y la Antártica van a ser adjudicados en esferas de dominio y poder. Un ejemplo baste para corroborar esta hipótesis. La progresiva demarcación de los océanos mundiales así lo testimonia. Inicialmente 2 millas, luego 12 millas territoriales. Hoy día 200 millas marítimas quedan comprometidas bajo un régimen patrimonial económico exclusivo. Mañana quizá 300, y por qué no a futuro una demarcación de la totalidad de los océanos mundiales? ¿No sucedió acaso lo mismo con las tierras continentales emergidas durante los siglos XVII, XVIII y XIX?

En esta perspectiva pareciera que el gradiente Norte-Sur, entendido como diálogo Norte-Sur, fuera sólo una falacia política. Su razón de ser se entiende únicamente como expresión de una realidad geopolítica, que no es otra que reconocer la riqueza económica potencial de los espacios australes continentales y marítimos.

Conclusiones y Perspectivas

Procuremos condensar, brevemente, algunas derivaciones que se desprenden —mas bien diría que están implícitamente subyaciendo— en todas y cada uno de los puntos analizados anteriormente.

- A) Resulta evidente e indesmentible la plena vigencia de un cambio cualitativo profundo en las concepciones de poder planetario, que afecta y afectará crecientemente a futuro las relaciones geopolíticas mundiales hasta ahora conocidas.
- B) El hecho tal vez más significativo de esta nueva modalidad radica en que, por primera vez, las concepciones en uso operan referidas a la totalidad del planeta de manera simultánea. Adquiere valor, de tal modo, el escenario total, situación que determina que cualquier acción sobre alguno de sus componentes repercute, reacciona sobre la totalidad del escenario. Por consiguiente, se configura una interdependencia absoluta de las relaciones geopolíticas, como históricamente nunca antes la hubo. Incluso las dos Guerras Mundiales no fueron —en estricto rigor— eventos que afectaron geográficamente al mundo entero.
- C) La evidente saturación geopolítica y geodemográfica del hemisferio Norte ha revertido y ha forzado a entrar en escena geopolítica al hemisferio Sur del planeta que, hasta la fecha, había demostrado una evolución periférica, al margen de los grandes ejes de valoración y coordenadas geopolíticas.
- D) En virtud de lo consignado se configuran áreas preferenciales en el hemisferio Sur donde convergen prioritaria-

mente los intereses de los países desarrollados. Frente a esos escenarios, Chile tiene una posición geográfica, una situación geopolítica de privilegio, que debe ser capaz de potencializar y reivindicar.

Si aceptamos como planteamiento que todas las tendencias geopolíticas que se han postulado van a gravitar efectivamente sobre el país en lo que queda del siglo XX y, con seguridad, en la primera parte del XXI, de manera independiente de la voluntad y la conveniencia para Chile y, desde luego en forma independiente del ordenamiento jurídico-institucional que aspire a darse, me atrevo a dejar planteado, las siguientes inquietudes a manera de interrogantes para este seminario.

- 1) ¿Puede el país continuar a futuro fijado y prisionero de una noción estática de centralismo institucional, político y administrativo, en circunstancias que su geografía y sus tareas geopolíticas le imponen una organización territorial federada, regionalizada o al menos claramente descentralizada?
- 2) La tarea impostergable que tiene el país en el sentido de buscar una nueva y distinta valoración territorial, armónicamente estructurada, integralmente concebida y con una voluntad clara de persistencia en el tiempo, ¿deberá ser definida como una función subsidiaria del Estado, o puede ser contemplada como una iniciativa privada, o tal vez mixta?
- 3) ¿Cómo se fija y en base a qué instancia y fundamentos se determina el umbral geopolítico que define el carácter y la función subsidiaria del Estado en materias de concepción y organización territorial?
- 4) ¿A través de qué mecanismos se asegura la continuidad de propósitos y la persistencia en el tiempo de los macroproyectos geopolíticos que, por definición teórica, necesitan de mayor tiempo para su materialización?
- 5) ¿Qué mecanismos e instancias políticas se debieran concebir para manejar y dilucidar los evidentes conflictos que

la sociedad moderna plantea entre Deterioro Medio Ambiental versus Desarrollo Económico versus Interés Geopolítico, y que son, en la actualidad, ya un factor político que amenaza incidir desproporcionadamente en el debate político actual y futuro?

Bibliografía Básica

- ANTE, ULRICH: Politische Geographie
Braunschweig, Westermann, 1981.
- JESSEN, OTTO: Nord und Süd im Gegensatz und Einklang:
Ein Vergleich, en. Petermanns Mitt;
Jg. 96, pp. 6-15; 1952.
- MACKINDER, HALFORD: The pivot of history
Londres, 1904.
- MATZNETTER, JOSEF: Desr Nord-Süd-Konflikt. Eine geographische
Begriffskritik, en: Wirtschaftsgeographie und
Wirtschaftswissenschaften. 5. Frankfurter
Wirtschaftsgeographisches Symposium 1983,
editado en: Frankfurter Wirtschafts- und So-
zialgeographische Schriften, Heft 46, 1984, pp.
137-168.